

LOS ARBOLES

Escribe: JAIME PAREDES PARDO

Jaime Paredes Pardo, autor de varias obras entre ellas "El libro de los oficios infantiles", "De los duros trabajos", "El libro de los animales cautivos", nos ha cedido una página, "Los árboles" que formará parte de una obra con el título "Los árboles, el fuego y los ríos" que tiene actualmente en preparación.

Los árboles son hijos del viento que transporta las semillas. En los valles anda de prisa, tanto que a veces alcanza a los trenes y a la melena de los caballos que espanta la algarabía de los pasajeros. Como los trenes, el viento tiene una frente de humo. De niebla como las montañas. ¿Pensará el viento?

Pensar es un oficio seco como las piedras y las puertas cerradas. Aparte de que solo conduce a la melancolía. Es el corazón el que riega la vida por el mundo. El corazón que aconseja al alfarero y trata con ternura al barro que palpita en sus manos como una criatura que acabara de parir la tierra.

Cuando escucha la voz de los ríos, se acerca a sus riberas y les deja caer las semillas. Livianas como el cuerpo de una pluma, se ignora su quehacer bajo la tierra. Se ignora también la diligencia que enciende las estrellas en el firmamento.

Cuando brotan embanderan la colina y el valle. Trémulos y sin brazos todavía, los arbolitos se levantan sobre el limo para dar testimonio de la vida. Y empiezan a crecer con aquel afán de los niños que sueñan convertirse prontamente en hombres. Las primeras hojas serán las primeras ramas, y cuando tengan tantas como las tejas de una casa, le brindarán posada a los pájaros.

Su raza es universal. En los caminos le hablan al viajero en el idioma tranquilo de la brisa. El hollín de las ciudades los carga de mugre. Sin embargo, guardan una rama limpia para ofrecerle a las jovencitas que viven en los apartamentos de las avenidas la aventura de una flor. Presos en los alambres de las calles, peinados por el jardinero como los galgos que pasean las criadas por los parques, no abandonarán su alma campesina.

¿Dónde hubiera reposado la tarde de la fatiga del día si faltaran los árboles? Y esto hablando del día que conoce menos trabajos que el hombre. ¿Qué hubiera sido de aquel hombre que tiene por único techo el campo sin ese hermano mayor que es el árbol? ¿Qué hubiera sido del mundo sin su indulgencia? Polvo y bestias solamente.

Son hechura de Dios que los alzó de la nada. En el Génesis quedó su palabra: "Brote la tierra hierba verde, plantas que den semillas, árboles frutales que produzcan fruto según su especie y cuya semilla esté en ellos sobre la tierra". Es decir el Señor les cedió lo necesario de su poder para que continuaran la creación. Después agregó otros seres, traídos también de la nada. El pez en la carrera del río, las lumbreras en el cielo y las aves en el camino de las nubes. Luego trajo al hombre. Y a todos les dijo: "Henchid el universo de vida".

Fue el principio. No hay patria que no haya visitado el árbol, criatura nacida sin rodillas para caminar. Solo el témpano y la brasa apagada del desierto se niegan a recibirlo. Es un desafiante de las alturas y de los voladores. Acepta la cárcel de los abismos y sube puro del fango. Nunca está solo. Ni siquiera en los parajes más desolados. Pues siempre tendrá una flauta de cristal en los labios.

Poco se sabe de la ley de su prole. Si hay alguno, el más anciano o el más fuerte, el de fronda más rica o más adusta, escogido para ejercer el gobierno. Quizás ninguno tenga más autoridad que otro, ni mayor alcurnia. Pero habrá alguno que los cuida atraído por aquel aliento de abnegación que habita el alma de los buenos. Sus brazos serán los más valientes para detener el huracán, su cabeza la más pensativa en la noche y sus ojos los más suplicantes en los veranos prolongados. La prole lo llama su pastor.

El hermano golpea a su propio hermano, el reptil muerde a la gacela, la golondrina expira en la garra del halcón. Todo es embestida, carnicería y dentellada en la tierra y en la fosa de los mares. En cambio, en la familia de los árboles solo están los pacíficos, los prudentes y los mansos.

El hombre lo ataca con fuego o le da muerte de hacha; pero siempre habrá un grano que lo revive. Y cuando se le destierra deja señalada la ladera con una llaga.